

¿PARA QUÉ SIRVE LA FILOSOFÍA EN LA ESCUELA?

Alejandro A. Cerletti; Walter O. Kohan

La mayoría de las preguntas suelen resonar de manera muy diferente -lo sabemos- de acuerdo con quien las formula, cómo lo hace, a quien se dirige, o en qué momento o lugar las plantea. La pregunta "para qué sirve la filosofía?" es un buen ejemplo. No es extraño verla surgir, como inocente inquietud de un joven estudiante ante su profesor de filosofía, el primer día de clase, en una escuela secundaria cualquiera.

Por lo general, a los profesores de filosofía, esta pregunta difícilmente nos sorprenda. Muy en consonancia con los tiempos que corren, la vemos venir, casi naturalmente. Es probable, incluso, que ya estemos bastante entrenados en responderla, de manera poco menos que rutinaria. Sabemos ponernos en guardia y, sin que nos cueste demasiado, podemos salir del paso. Ahora bien, cabría preguntarnos, todavía, si en estas salidas más o menos decorosas hay algo de filosofía o, al menos, alguna ejercitación del pensar crítico. Seguramente coincidiríamos en que en líneas generales, nuestras respuestas ofrecen pocas posibilidades de promover el pensamiento.

Podemos pensar esta misma situación cuando somos nosotros quienes nos preguntamos "¿para qué sirve la filosofía?". Seguramente, esta pregunta nos acució más de una vez en nuestra práctica docente, al entrar o salir de un aula. Mas aún, la escuela secundaria tiene la particularidad de darle a este interrogante una presencia constante y unos matices nuevos. Es posible que también en este caso hayamos podido salir airoso, al menos en apariencia. Sin embargo, podemos preguntarnos todavía si, para salir adelante, no habremos tenido que dejar pasar una oportunidad para el pensamiento.

En este trabajo nos interesa proponer una vuelta sobre la pregunta misma como primer paso para abordar la cuestión. Intentaremos luego abrir algunos caminos que permitan una resignificación de los "servicios" que podría ofrecer la filosofía.

Sabemos que el *sentido* de una pregunta radica, esencialmente, en el tipo de respuesta que espera el que la formula. Esto es lo que definirá, en última instancia, un posible *sentido filosófico* de la interrogación. Cuando se pregunta "para qué sirve la filosofía?" en las condiciones señaladas, el planteo no suele diferir, por lo general, de preguntas como, por ejemplo, "¿para qué sirve un horno de microondas?". Se espera una respuesta que de un sentido utilitario o pragmático más o menos inmediato a la pregunta. Nos alejamos así de una inquietud estrictamente filosófica, en tanto que el marco que contextualiza la respuesta está dado por criterios externos a la filosofía -lo útil, lo

provechoso o eficaz-, preestablecidos y condicionantes. Aún preguntas en apariencia poco filosóficas -como "¿para qué sirve un horno de microondas?"- podrían originar una oportunidad propicia al pensamiento si esperáramos de ellas otro tipo de respuesta, menos adaptativa o menos sometida a un criterio dado.

Ahora bien, es posible transformar la pregunta por el *para que* de la filosofía en una inquietud auténticamente filosófica?, ¿podemos asignarle un *sentido filosófico* a esta pregunta?: ¿para qué? En pos de situarnos frente a estos interrogantes necesitamos repasar la respuesta tradicional que algunos filósofos han dado a aquella cuestión y, correlativamente, precisamos aclarar las condiciones actuales de la filosofía en la escuela y su horizonte de posibilidades.

Si recurrimos entonces a los filósofos,, muchos han afirmado, con altitud y erudito orgullo, que la filosofía no *sirve para nada*. En virtud de ello, la filosofía será completamente libre e independiente, al no depender más que de si misma: no sería "sirvienta" de nada ni de nadie. En realidad, lo que estos filósofos quieren decir es que la filosofía no sirve para nada en particular o especial, sino que sirve "para todo" -esto es, para lo esencial-, en la medida en que se ocupa de las cuestiones más profundas y fundantes. No se trataría, entonces, de su inutilidad sino de su supra-utilidad. A esta suprautilidad orgullosa, históricamente, otros filósofos han opuesto una inutilidad descalificadora. Hoy, en un mundo dominado por la valoración de los resultados y la eficacia, este punto de vista se ha potenciado notablemente: la filosofía se suele sostener, no ofrece productos tangibles, resultados inmediatos ni respuestas rápidas, eficientes y, sobre todo, redituables. Es, por lo tanto, inservible, inútil.

En estos tiempos, los "para qué," socialmente predominantes están pensados casi exclusivamente bajo el prisma de la utilidad inmediata, de la productividad mercantil y el beneficio económico. Esta grosera utilidad regula los "para qué" valorados, que deben ser medibles, cuantificables y, sobre todo, redituables. Los "para qué" deben ofertar aquello que solicita una demanda que ha aprendido a reclamar el éxito individual, la imagen de las modas pasajeras o el encanto de lo exótico. Pero también, y fundamentalmente, la demanda se constituye desde la necesidad de evitar las mediaciones superfluas en el logro del rédito económico. Las escuelas no son ajenas a esta presión del reclamo utilitario y suelen terminar transfigurando sus objetivos para satisfacer los "para qué" socialmente reconocidos, siguiendo estrategias originadas, más o menos directamente, en las necesidades del mercado.

Tratando de adaptarla a estas condiciones, asistimos a la pretensión de querer convertir a la filosofía en un útil más, una herramienta dúctil para aceitar la lógica, la retórica, la política o la estética del estado de cosas coyuntural. Esto es más significativo cuando se vuelve mero ejercicio técnico, sólo un conjunto de habilidades adaptables a

cualquier fin. Se puede volver para entender y ordenar, para explicar y justificar, o simplemente para adornar y refinar. Pero en ningún caso permitirá poner en cuestión los fundamentos de aquello que se presenta como lo dado, lo habitual y, a su vez, resulta lo determinante.

Desde un punto de vista filosófico, evaluar la proyección de la filosofía través del estrecho criterio de la eficiencia productiva empobrece de antemano su potencialidad de pensarse a Si misma, limitando sus posibilidades actuales.

Cuando pensamos a la filosofía desde su propia lógica, el enfoque cambia radicalmente. Al menos desde Sócrates y su tábano, la filosofía puede ser entendida bajo la constante de una actividad cuestionadora, revisora de supuestos e implicaciones, problematizadora de los estados de "normalidad". La filosofía tiene marca insustituible en la puesta en cuestión de los órdenes establecidos. Como tal se vuelve crítica radical del estado de cosas imperante, en la esfera de la política, la ciencia, el arte o la educación.

Es por ello que la pregunta "¿para qué sirve la filosofía?" adquiere renovada actualidad y sentido, enfocada desde una perspectiva filosófica. Pero también, coincidentemente con el imperio de la utilidad y la eficiencia, en estos días suele impugnarse la categoría de sentido. Por qué preguntarse por el *para qué* de la filosofía - se argumenta- más allá de la inquietud natural y habitual conocer su utilidad? Precisamente por ello. Porque la filosofía como pensar crítico radical es la puesta en cuestión de lo natural, lo normal o lo habitual. Es una forma del pensamiento crítico que se pregunta por las distintas figuras sociales que adquiere lo habitual y lo obvio en un tiempo y lugar determinados. Entre nosotros, en estos momentos de transformaciones de la educación y del papel de la filosofía en ella, como filósofos y profesores de filosofía (¿no habrá que reconocer algún día que son dos aspectos de lo mismo?) no podemos sino esperar un sentido filosófico ante el interrogante qué sirve la filosofía?", con la expectativa de poner en cuestión la que normal, natural y predominantemente se admite y promueve en estos tiempos: lo funcional, lo útil, lo eficaz, en la escuela y fuera de ella.

Habitualmente, al destacar la relación de la filosofía con el pensamiento crítico y prescribir la ejercitación de este pensar en las escuelas, bajo el despliegue de una serie de habilidades de razonamiento, se suele renovar argumentos en pos de su utilidad. En algunos casos, se lista una larga tabla o esquema de habilidades de pensamiento que as actividades en as aulas deberían estimular y desarrollar. Con ello se muestra la presunta utilidad de la filosofía. Pensar filosóficamente, se dice, es una técnica del pensar.

La filosofía tiene como condición necesaria, pero no. suficiente, este conjunto de habilidades. Con ajustadas habilidades de razonamiento se dispone de un excelente instrumental que puede usarse para explicar; justificar y reproducir cualquier orden vigente. ¿Qué mejor legitimación de la experiencia que aquella validada y convalidada

con el modelo del "buen pensar"? Mas nuestra experiencia histórica indica que esto han hecho muchos intelectuales refinado pensamiento crítico -dotados de un aceitado instrumental racional- que han servido de sostén teórico a diversas formas de dominación, en la política o en otros órdenes. Este instrumental no necesariamente esta acompañado de una puesta en juego filosófica, no siempre problematiza y pone en tela de juicio lo que se presenta como dado, dominante, hegemónico o normal. Los sistemas políticos mas autoritarios y bestiales han encontrado siempre al menos un puñado de buenos razonadores que les dieran sustento y legitimación teórica. Para practicar una filosofía critica, en la escuela o fuera de ella, se requiere siempre algo mas que una buena lógica: se precisa una cierta distancia -intelectual- frente a los valores saberes y practicas dominantes, que los resitúe, problematice y configure desde una nueva perspectiva. Eso precisamos al formular y pretender responder una pregunta desde la filosofía.

En suma, la pregunta "¿para qué sirve la filosofía?" abordada desde una perspectiva filosófica supone una vuelta sobre os qué y los *para qué* de la filosofía. La filosofía no sólo implica pensar de determinadas maneras, no sólo implica ciertos cómo, supone disposiciones, ciertos *por qué* y también proyecta sentidos, ciertos *para qué*. La filosofía se propone pensar el fondo de lo que estamos viendo. Poner atención en lo que puede no ser visible pero si fundante. Examinar los cimientos de ese edificio que llamamos realidad. Desplegar una tarea eminentemente critica. No aceptar lo dado sin su previo examen y puesta en cuestión.

Sin pensar sus *cómo*, sus *qué* sus *por qué* y sus *para qué* la filosofía se convierte en un útil más, se vuelve mero instrumental ciego que no piensa la racionalidad y los valores a quienes sirve, esterilizando así uno de sus rasgos insustituibles: el producto punzante y agudo de la crítica filosófica, en cualquier situación donde se sitúe el pensamiento.

Así, en la pregunta por el *para que* de la filosofía se enlazan sus *por qué*, sus *qué* y sus *cómo*. La filosofía es, ante todo, un movimiento que interroga, es profundamente inquisitiva: interpela, pone en cuestión. Bien entendida es también un movimiento que provoca: perturba, molesta, fastidia. Una filosofía critica no puede, entonces ser "administradora" de lo dado y gestionar su expansión. Debemos sospechar de una filosofía que no incomode, que no moleste, que no genere inquietud sino comodidad y calma admiración por los servicios que presta.

En virtud de lo anterior, la filosofía en la escuela ocupará un lugar paradójal. Por un lado, la filosofía se interesa por la escuela como un lugar de producción y circulación del pensamiento, pero debe adaptarse a ciertos requerimientos institucionales. Se instalara en un curso y practicará allí su actividad agujoneante. Pero, por otro lado, como quien serrucha la rama en la que se apoya, precisa revisar su propia base de sostén, las ideas,

prácticas y valores sociales que le dan lugar y función. A menos que renuncie a una parte importante de su potencialidad crítica, debe problematizar el espacio institucional que la contiene y condiciona su expresión, hasta sus límites. En estos tiempos, los valores de la lógica mercantil y empresarial atraviesan, cada vez con más vigor, el horizonte de la función social de las escuelas y su lugar institucional. Son estos valores, por tanto, aquellos que la filosofía, aquí y ahora, no puede dejar de problematizar. Mucho menos servirles como transmisora o difusora acrítica.

Con esta perspectiva, la filosofía siempre ofrecerá un gran servicio. Se trata de determinar en qué sentido "sirve". Puede servir a la reproducción y legitimación de lo hegemónico o puede ser consecuente consigo misma y radicalizar la crítica. En el primer caso, será admitida, tolerada y hasta festejada. En el segundo, perturbará, molestará y será, una vez más, fustigada. Hoy, pensar el *para qué* de la filosofía en la escuela desde un punto de vista filosófico precisa desnudar estas condiciones y posibilidades, pensar los supuestos y consecuencias de cada una de ellas y asumir una opción.

Si pretendemos que de nuestros cursos de filosofía salgan personas críticas, capaces de cuestionar la legitimidad de una argumentación, la naturalidad de lo que les es presentado como obvio o la mera interpretación de un hecho, debemos situar el "¿para qué sirve la filosofía?" en clave filosófica. Esta actitud reconduce la pregunta sobre sí misma y la aleja de compromisos utilitarios oportunistas. La filosofía prestará un servicio, pero sin tener predeterminados sus fines, a diferencia del "servir" usual. Una filosofía que *sirve* es una filosofía que juzga los fines que ocasionalmente la puedan orientar, y, paralelamente, mantiene una tensión constante sobre todo condicionamiento externo.